

JAY_

CRÓNICA DE LA
LEYENDA DEL
SKATEBOARDING
Y EL SURF

BOY

_LAST RIDE

ALGUNOS LOCALES SUBEN DESCONSOLADOS EL CAMINO QUE CONDUCE A LOWER TRESTLES. LA SESIÓN NO PARECE HABER REGALADO EMOCIONES PARTICULARES. EL CHIRRIDO DE LAS CADENAS DE LAS BICICLETAS NOS ALERTA DEL PASO DE ALGUIEN. LOS DOS ESTÁN PEDALEANDO CASI HIPNÓTICAMENTE CON LA TABLA BAJO EL BRAZO Y CON UNA SONRISA ESTAMPADA EN LA CARA. EL MAYOR TIENE UN TATUAJE "A CREMALLERA" QUE LLEGA HASTA LA BASE DEL CRÁNEO. A FINALES DE LOS AÑOS 70, AQUEL CABALLERO HIZO CORRER, POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA, LAS RUEDAS DE UN MONOPATÍN DENTRO DE LAS PISCINAS DRENADAS DE LOS LUJOSOS BARRIOS DE LOS ANGELES ANTES DE DIBUJAR, DURANTE MÁS DE TREINTA AÑOS, UNAS LÍNEAS MÁGICAS EN LOS SKATEPARKS DE TODA CALIFORNIA. **POR: VITTORIO SOMMELLA. FOTOS: SPOE ART**





Durante su increíble carrera, Jay Adams se tatuó y grabó piezas de carretera en la piel, desafiando peligros y cabalgando su vida entre el asfalto y las olas del Pacífico.

Se abandonó a todas las drogas existentes, inyectándose, esnifándose o ingiriéndolas en función de lo que quería o no quería probar y, sin embargo, sintiéndose libre de vivir su propio talento en una existencia arraigada en el anti-conformismo.

Leyenda incomparable y desorden que se convierte en arte. Jay también regresa a los escenarios después de sus innumerables caídas. Mientras que una película relata sus aventuras como uno de los 'Lords of Dogtown', varias revistas de una más reciente cultura del skateboard celebran, nostálgicos, una resurrección tras su salida de la cárcel.

"Tuvieron mucha suerte en encontrarme para su historia. Déjeme ir a surfear y luego quedamos en Bull Taco sobre las 5 de la tarde. Allí es un poco como estar en casa: se encuentra el restaurante de mi esposa".

Bull Taco, San Clemente, 5 PM Adams aparece conduciendo su reluciente Chevrolet Low Rider. Las palmeras se reflejan en el carrocería; le molesta: "¡Ahora la voy a repintar toda de negro mate, joder! No es mi estilo todo este bling bling". Jay, en el fondo, es un caballero. Con su determinación y su talento ha influenciado a los riders de todas las edades y de todos los estilos, llegando a ser la verdadera encarnación de todo lo que el skateboard ha representado siempre.

Creciendo entre Hawái y Santa Mónica, y escapándose de las incesantes charlas sobre unos padres que bebían demasiado, a menudo Jay se refugiaba en los muelles frente al mar. En aquel momento, Pacific Ocean Beach Park, que todavía hoy se encuentra al lado de Venice Beach, era aquella parte de la playa con las prohibiciones para ciclistas, las prostitutas, los traficantes de drogas y las pandillas que ocupaban y controlaban el paseo marítimo; delante de todo esto estaba el surf: "¡Si hoy se me conoce como patinador, no hay que olvidarse de que todo empezó con el surf! Estas

olas entonces me empujaron hacia el skateboard", recuerda Jay, volviendo la cabeza hacia el océano.

Su amistad con Tony Alva, Stacy Peralta, Darius Anderson y Allen Sarlo se forjó en ese line-up. Los chicos se reían y bromeaban, ola tras ola, soñando con un futuro juntos. Ese mismo futuro se materializó, más adelante, gracias a una pequeña tabla de madera con cuatro ruedas en la que, esos mismos jóvenes, trataron de reproducir, en el asfalto, las maniobras de sus surfistas favoritos Gerry Lopez, Wayne Lynch, Miki Dora.

El proyecto era ambicioso y, sin embargo, sin saberlo los Z-Boys fueron precursores. Esa subcultura nació de la pasión por el surf, pero se combinó con el inimitable estilo de vivir la carretera; la fusión de esos elementos entonces se materializó en forma de un nuevo estilo de vida, verdadera revolución.

Bajo la presión de Skip Engblom, propietario del equipo de skateboard Zephyr, Jay y sus amigos se inscribieron en los primeros concursos. En

1975, en Del Mar, Adams recuerda haber subido al escalón más alto del podio en un concurso demasiado clásico.

"Queríamos algo nuevo. En esa competición participaba hasta mi abuelo. Éramos tan diferentes de todos los demás competidores. Afortunadamente ese verano hizo mucho calor, muchísimo calor ...".

En 1975, en una California aún imaginativa e indulgente los Z-Boys comenzaron a recorrer las villas de L.A. en búsqueda de piscinas vacías para aprovecharse de los verticales, las líneas sinuosas y los bordes ásperos. Las maniobras eran cada vez más radicales y la adrenalina regada por esas interminables sesiones, por allanamientos de morada y por burlarse de las autoridades públicas, parecía atraer especialmente a Jay que, consciente de su propio potencial, reconoció en el riesgo su mayor inspiración.

Luego de algunas semanas, ese peligroso pasatiempo atrajo a patinadores, jóvenes, curiosos, fotógrafos y



aficionados transformándose luego en una moda, un movimiento cultural, en la apertura de un camino hacia la creación de un estilo de vida real.

A pesar del triunfo, Jay decidió quedarse en la sombra viviendo una transición brutal entre el éxito planetario y el fracaso organizado. Pasó de la industria, de los patrocinadores, de los fotógrafos y de los medios; en un momento en que el deporte había comenzado a adquirir una reputación internacional, Jay no parecía querer patinar sólo por placer, sino por una profunda necesidad de auto-derrota.

Desde ese momento, su vida comenzó a ser cada vez más escandalosa. “El punk-rock apareció alrededor de 1975 y yo estuve fascinado desde el primer momento. Me sumergí en esa mentalidad de inmediato, pero al final me causó un montón de problemas: peleas, drogas, alcohol, estafas, violencia e incluso la cárcel. ¡Nada bueno, créanme! No era difícil de adivinar, pero yo necesitaba mi tiempo para darme cuenta de que un joven desequilibrado y rebelde que pasa la mayor parte de sus noches fuera de casa, no puede más que transformarse en problemas”.

T.Y.T.L. (Treinta años de retraso) Thirty Years Too Late (Treinta Años de Retraso) es el nombre del grupo en el que Jay se inició como cantante punk, ventilando su odio por todo, furiosamente, gritando como un loco en el micrófono; un paso peligroso pero necesario en su complicado camino. En un momento histórico en el que los patinadores, los rockeros y los surfers no tenían derecho a la ciudadanía, los problemas de Jay llegaron a la cumbre después de verse involucrado en una pelea que llevó a la muerte de un hombre. Después de aquella noche, tuvo que pasar un mucho tiempo tras las rejas.

La vida del Z-Boy se relata a través de sus tatuajes que, año tras año, llegaron a cubrir prácticamente la totalidad de su cuerpo: “Empecé con una

simple cruz y luego vinieron muchos otros, pero sólo unos pocos son los importantes: el nombre de mi hija Venice (también el nombre de la playa que lo lanzó como un patinador), de la cual, por desgracia, no tengo ninguna noticia y el 100% skater para toda la vida, que refleja mi devoción. Hoy en día no tengo ninguna intención de volver al salón”.

Adams picotea unos tacos con guacamole, escupiendo en la terraza del restaurante, con la mirada intensa: “¡Ahora ya no salgo más por la noche! Aquí en San Clemente he formado un hogar bastante estable. Hay muchos parques donde patinar, olas increíbles, mi esposa Tracy y buenos amigos como los Fletcher, que son un poco como mi segunda familia”.

Después de décadas de infierno y purgatorio, Adams, en enero de 2014, terminó de cumplir su condena e inició su viaje hacia la libertad. “Siempre he estado fascinado por los nuevos horizontes. Visité algunos lugares de México, Indonesia, Hawái, Francia e Italia, pero durante mucho tiempo no pude dejar San Clemente. ¡Veinte años de mierda entre la cárcel, los jueces y los juicios! ¡Quiero recuperar el tiempo perdido, ahora soy libre y voy donde quiero!”.

Si la California es el crisol de la cultura hardcore y skateboard donde Jay se reconoce completamente, la de Hawái y sus olas reflejan, aún mejor, el espíritu redentor de un personaje que oscila entre la necesidad de una resonancia positiva y la atracción por el fuego eterno.

Tracy Young, su esposa, con su largo cabello oscuro prepara el restaurante para la cena. Tatuada al extremo y sonriente, nos pregunta qué queremos de comer. Jay continúa: “Durante mucho tiempo he estado en contra de todo y todos sin saber identificar la naturaleza de mi rebelión. Ahora que he madurado, aprovecho mi experiencia para ayudar a los jóvenes delincuentes; trato de hacerles entender a qué tipo de problemas pueden conducir ciertas elecciones.

Se puede ser cool sin estar necesariamente locos, ¿no?”.

La singularidad del talento de Jay se muestra también por el extraordinario apoyo de sus patrocinadores. Con una estrategia comercialmente inusual, Z-Flex, Flys Negro, Osiris, Tracker, Nixon y Hurley casi siempre renunciaron a utilizar la imagen de una leyenda, ayudándola, al revés, a preservarla intacta e incorrupta, instaurando una relación de homenaje venerativo, casi emocional. “He visto a varias generaciones de riders desde mi juventud y, desde cierto punto de vista, me gusta la dirección que están tomando las cosas. Se intenta ir más y más lejos, empujando los límites al máximo; los trucos ahora son súper técnicos. Tal vez, sin embargo, son los objetivos de los niños de hoy en día los que no están del todo bien; primero se debe patinar y surfear por pura diversión, mientras yo veo muchos nuevos jóvenes que quieren alcanzar de inmediato los niveles de Kelly Slater o Tony Hawk. ¡No se debería correr por la gloria!”.

Adams murió el 14 de agosto de 2014, durante su último viaje a México. De repente, su corazón dejó de latir sin una razón clínica real y cierta. Los amigos y las personas cercanas a él cuentan cómo el descubrimiento de una reciente serenidad iba creciendo día a día, ola tras ola, sesión tras sesión. Recientemente, Jay se había convertido también al cristianismo y había adoptado un estilo de vida saludable. Como siempre repetía: “No se acaba de patinar porque nos hacemos viejos, sino que envejecemos porque dejamos de patinar”.

Jay Adams fue sin duda el free-rider profesional con la carrera más larga y ejemplar a nivel mundial. A pesar de que en los últimos tiempos se atormentase por su vida caótica, tal vez, fue gracias a ese pasado turbulento que su historia hoy se ha convertido en pura leyenda.

Ahora Jay realmente es 100% skater para toda la vida, para siempre.